

da y fresca. Melchor, muerto casi al entrarlo por el boquete, pues el miedo le había hecho desmayarse, debió creer llegada su hora postrera. Y llegara de no interponerse la condesa y sus damas quienes arribaran al castillo, cuando el cuerpo inerte de Melchor arribaba casi á las garras de las fieras. Y le salvó la intercesión de aquellas mujeres, porque invocaban en su horror más bien el título de violinista que el título de prójimo, con frecuencia olvidado por los señores al tratarse de sus siervos. El conde sacó á Melchor, y al verlo tendido todavía sin conocimiento en el suelo, dióle un puntapié diciendo entre dientes:

—No creas haber evitado con tus trazas que este milano feudal abra sus alas y clave sus uñas en el corazón de sus esclavos. Celebren la boda cuando quieran, Catalina será del conde antes que de Santiaguillo.

CAPÍTULO X.

LA BODA.

—¿Dónde vas antes de la ceremonia?— le preguntaba Melchor á Santiaguillo, que adornado con su mejor vestido, se aperci-bía tempranito á la fiesta religiosa, por cuya virtud iba definitivamente á quedar dueño y señor de la deseada Catalina.

—Voy á consultar con la bruja Thebaida.

—¿A qué diablos?

—A que diga el horóscopo de mi boda.

—Ese horóscopo nadie lo sabe como yo, y nadie te lo ha dicho ni te lo dirá tan claramente.

—Pero tú eres un conspirador de siete suelas, y no me fío de las conspiraciones.

—Por manera que das mayor importancia en tu cacumen á la cábala mentirosa de

una mujer endiablada, que al sabio consejo y advertencia de un leal amigo.

—Tú mismo le llamas al consejo sabio. ¿Y te maravillará mi creencia de que estás medio loco?

—Le llamo sabio, no porque lo sea, ni mucho menos quien lo dió, si no por lo industriado y advertido que se halla hoy, á causa de su oficio, en las maquinaciones del conde, tantas veces comunicadas por mi experiencia de todos los días á tu incurable candor.

—Es verdad.

—Por consiguiente, créeme á mi.

—¿Qué debo hacer?

—Tomar tu compañera é irte de estas malditas tierras.

—Pero tú crees...

—Que no pasa el día de hoy, el día de tu boda, sin verdadero desastre.

—Es verdad. El conde resulta, como tú decías, capaz de todo. La disposición de alejarme á mí para verla sólo á ella, con pretexto del permiso, en la dichosa cacería, me tiene un poco inquieto...

—Y no sabes de la misa la media.

—¿Cómo?

—Volvamos la hoja,—dijo Melchor cabizbajo y dudando entre sus propensiones comunicativas y su deseo de no aguar antes de tiempo al pobre Santiago la fiesta.

—Déjame, pues, ir á mi consulta.

—No hagas tal.

—¿Por qué?

—Porque cometes un pecado inútil.

—¿Pecado?

—Sí, pecado.

—¡Melchor!

—No deben creerse más revelaciones que las revelaciones de nuestra propia conciencia, ni asentirse á más libro sobrenatural que á la Santa Biblia.

—Pero esas endemoniadas tienen pacto con el demonio, y adivinan lo porvenir y leen allá en las estrellas.

—No creas tales cosas, que te condenarás sin remisión.

—¡Bah! En achaques de brujería tú crees lo mismo que creen los inquisidores y los frailes.

—Como en otras muchas cosas creo lo que ellos creen.

—¡Papista!

—No, papista no, luterano sí.

—Pues Lutero cree, y mucho, en el diablo.

—Ya se ve.

—Y en las brujas por ende.

—No.

—¿Cómo no?

—Pues no.

—Explicate.

—Lutero cree, como yo, cuanto dicen los Evangelios con la Biblia.

—¿Y bien?

—La Biblia y el Evangelio hablan del diablo.

—Ya lo creo.

—Pero no hablan de las brujas.

—Pues mira, en Alemania las ha visto mucha gente.

—Efecto de las creencias paganas contenidas en la religión antigua.

—Diantre.

—Como te digo.

—Mira, Melchor.

—Habla, Santiaguillo.

—¿Te maravillarás, por ventura, si te digo que mi luteranismo no raya donde raya el tuyo?

—Lo creo, si rayara tan alto, no creerías en brujas.

—Tampoco me creerás católico.

—Tampoco, el catolicismo se ha refugiado en el castillo de los señores; nosotros adoramos á Dios puro, y creemos en el Evangelio santo.

—Vosotros, pues, por lo respectivo á mí, ya es otra cosa. Yo me he quedado, ni bien católico, cual mis abuelos, ni bien luterano cual vosotros.

—Ya lo creo.

—Pues Melchor, en algo he de creer.

—Mas no creas en brujas.

—El diablo tiene un gran poder.

—Seguramente.

—Pues si lo tiene ha de aplicarlo y ejercerlo.

—Pero, ¿crees tú que lo ejerza en pobres mujeres?

—Vaya si lo creo.

—No seas loco.

—Más naturalmente que en los hombres por ser las mujeres débiles y sujetas á encantamientos y maleficios.

—Aunque todo cuanto dices, tuviera la mayor certidumbre, yo te pregunto para qué aplicarlo al caso presente, y para qué indagar un horóscopo de tu boda, cuando sabes que tu boda está erizada de peligros.

—Quiero cerciorarme todavía más.

—¿Y qué ciencia, ni qué niño muerto, encontrarás en el vocabulario de una tía demente?

—¡Oh! una mujer, que se ha dado al diablo, sabe mucho. Por la mujer, los mortales perdimos el Paraíso. Ella fué la primera en dejarse tentar del demonio, ella. Y el demonio, como ha de cumplir el mal, que sin él no se cumpliría; y ha de tentar al conde, que sin él, no tendría ningún nefasto pensamiento, me pondrá en autos.

—¿Quieres todavía saber más de lo que sabes?

—Además, llevo en mi cacumen otra idea con ver á Thebaida.

—¿Qué idea?

—Pues la idea de que no maldiga mi boda.

—¡Santiago!

—¿Por qué me miras con esa compasión?

—Porque te creo loco.

—¿Nada menos que loco?

—Sí. Todas esas cosas que dices, son pura y simplemente locuras.

—¿No sabes tú que las brujas esterilizan los matrimonios cuando quieren?

—¿Qué he de saber eso?

—¿No sabes que interponen el diablo entre los cuerpos de los casados?

—Vamos, déjate de tonterías y piensa en el nuevo estado y en los deberes á tal estado impuestos. Nada de brujerías, pues no hay tales brujas.

—¿Cómo que no las hay? Yo las he visto con mis propios ojos y con mis propias manos yo mismo las he mil veces, mil, créeme, palpado.

—Déjame reirme de tí, al mismo tiempo que de ellas.

—Ríete cuanto quieras.

—¡Pues no me reiré!

—Yo las he visto, en siniestra noche de invierno, montadas sobre las cañas de escobas, entre las ramas de los árboles, cuando los envolvían sudarios de nieblas, cuyas gotas se conjelaban á la vista mía. Yo las he visto dormir del lado izquierdo, invocando á Belzebú, y después de haberlo invocado, expedir de los labios un vapor amarillento, en el cual iban disueltas muchas y muy varias furias del infierno. Yo he visto eso, y nadie me lo ha contado.

—Vamos, déjate de tonterías.

—No, no: voy ahora mismo, antes de la ceremonia.

En efecto, Santiago se dió á correr, y en pocos minutos se apartó larguísimo trecho de Melchor. Perdióse por un laberinto de sendas intrincadísimo, y llegó á la entrada de una misteriosa caverna. Derrumbándose con valor en pendiente sima, llegó con facilidad á un subterráneo, que parecía triste habitación de los muertos ya momificados y de las aves carniceras y nocturnas. Aquí se veía en oscuro nicho blanco esqueleto, allá montones de mondados huesos; pendían del techo varios animales disecados, y brillaba en hornilla verdaderamente alquímica una llama siniestra. El terror hubiera helado seguramente otro ánimo menos valeroso; pero Santiaguillo tenía sus venas henchidas de juvenil sangre que daban á su complexión y á su temperamento un carácter verdaderamente arriesgado y temerario. Así es que miró todo aquello como pudiera mirar los objetos más habituales á su vista y no sintió por tan extraño espectáculo ni un minuto de terror ni un escalofrío de medroso estremecimiento. Sabía las fórmulas mágicas propias de los encantamientos, y las empleó como pudiera un sacerdote católico emplear las fórmulas litúrgicas de cualquier ortodoxa y canónica

ceremonia. Y todavía estaban las palabras sortilégicas en el aire, cuando había surgido la bruja envuelta en manto negro que desde la cabeza le bajaba, como una sombra increíble, hasta los piés, ostentando entre sus pliegues huesos y calaveras y murciélagos y buhos de varios fantásticos matices y de terribles inverosímiles aspectos. Santiaguillo le interrogó sobre su boda; pero la bruja le dió la callada por respuesta, pretextando su ignorancia de las cosas cercanas y próximas á suceder, pues, para escudriñar con acierto y presentir con seguridad, necesitaba las grandes perspectivas del tiempo lejano y por venir. Entonces le preguntó qué suerte definitiva le reservaba el destino, y la bruja invocó un espejo mágico y siniestro, cuya superficie tomó al contacto de su mirada escudriñadora un tinte fosfórico. Y en aquellas cintas de luz, entre amarillenta y azulada, viéronse pasar figurillas borrosas é indeterminadas que parecían las visiones de una larga pesadilla. Thebaida, que, cual sabemos, así la bruja se llamaba, inspeccionó todas aquellas apariciones, y después de tan prolija inspección, volviéndose adonde se hallaba Santiago, le dijo con voz cavernosa: «Serás general de un gran ejército, y dueño

y soberano de una dilatada comarca, enviado por el padre de las tinieblas para consumir una terrible venganza.» Y desapareció tras aquellas palabras misteriosas, como si el cielo en sus abismos la hubiese absorbido prontamente ó se la hubiera tragado en sus hendiduras sulfurosas y volcánicas el suelo de su terrible laboratorio.

Santiagoullo, con los nervios trémulos y las manos crispadas, pesadísima la cabeza, entristecidos los ojos, demudado el semblante, salió de aquel terrible lugar, como alma que saliera del purgatorio. Al andar cuatro pasos notó aquella descompostura, impropia de quien iba en aquel momento á cosa tan plácida como una boda, y encaminóse desde luego á su casa, y se arregló la vestidura un tanto descompuesta, y ejerció el necesario dominio sobre sí para componer sus nervios desarreglados y serenar su rostro demudado, yéndose, flexible por temperamento, al sitio de la fiesta. Pero, en el camino, compaginando los dichos de la vieja gitana con los recuerdos de las advertencias de Melchor, no pudo menos de meditar un poco acerca de su porvenir, circuido por todas sus avenidas de insondables misterios. Pero no tenía más remedio que

dejarse llevar por los acontecimientos, y esconder los afectos de su pecho y las supersticiones de su inteligencia en hora tan deseada como la hora de su matrimonio. Y alegre, gozoso, fuera de sí, lanzóse á la casa del tío Elias, donde le aguardaba el cortejo y acompañamiento rebosando delirante júbilo.

¡Oh prodigios de amor, pasión de las pasiones! Al llegar Santiago á casa de su novia, se le había olvidado por completo el malhumor de la mañana, y la visita increíble á la bruja, y las siniestras profecías y las supersticiones poco antes despertadas en su ánimo. El cielo tenía resplandores meridionales. Un día de sol daba por milagro excepcional á los montes germánicos, esmaltes y visos de Oriente. La tierra estaba florida como nunca. Parecía que los árboles también se ornaban con guirnaldas nupciales en los ardores de su savia. Mezclábanse los píos de lasavecillas á los zumbidos de los insectos, y la nota superior de todas aquellas vibraciones músicas era, como si naturaleza estuviera de tal festividad sabedora y quisiese mezclarse á sus regocijos, una nota de amor. Los campesinos salían de sus madrigueras tan regocijados como las golon-

drinas al volver de sus emigraciones. Todos llevaban traje de fiesta, como todas las campesinas se habían colocado sobre sus personas, cual vulgarmente decimos, el fondo del arca. Sobre mesas limpias, al aire libre, había puesto el tío Elías colosales jarros de cerveza, los cuales apenas vaciados, ya estaban de nuevo rebosantes, y servían á extinguir la sed natural de los recién reunidos. Cada muchacha traía en las manos el correspondiente ramo simbólico, trenzado y compuesto de flores, las cuales decían algo á la novia como si fuesen versos. Melchor dirigía una orquesta, digna del castillo, con la superior autorización del conde, quien había querido en su esplendidez proporcionar á los siervos aquel verdadero y mágico recreo. Acompañaban á la orquesta coros de ambos sexos, cuyas voces robustísimas entonaban el coral de Lutero; pues á la religión luterana pertenecían, á pesar del despotismo señorial, los siervos, todos á una, desde los comienzos de la reforma. Catalina, ornada con su traje campestre de fiesta, rústico pero hermoso, esparcía en torno suyo la felicidad más suave, reflejando con arrobamiento el cielo en sus retinas celestiales, resplandecientes de verdadera gratitud hacia Dios.

Más, ¡cuál otra escena pasaba cerca de allí! El castillo feudal se levantaba y erguía en los aires como una sombra gigantesca é infernal, y dentro de sus paredes el gran tirano de la comarca rugía como una fiera hidrófoba. La idea del bien ajeno aumentaba el hervor de la sangre propia, y oscurecía con las oscuridades propias de todo crimen, los ojos del alma ó los ojos del cuerpo en aquella personificación espantosa de la voluptuosidad y de la lujuria. Veía tan materialmente á Catalina que creía entre sus brazos desgarrarla con el furor que desgarraría el gavilán á la paloma, cuando pensaba que otro, y no él, iba en aquella misma noche á gozar su hermosura. Entonces, unos celos materiales, rabiosísimos, se disolvían como ponzoñoso jugo por sus venas. Y sintiendo que no había obstáculo á su deseo vertiginoso, rompía por todo, y juraba presentarse á la boda en el momento mismo de su celebración, y coger á la novia para llevársela de fuerza ó de grado al palacio sito en el alto principal de caza, palacio aparejado hacia mucho tiempo á escenas de tal género, á depósito de raptos y á cobranza de feudales tributos. Por manera, que mientras el idilio se desarrollaba por tranquilo modo á la

puerta del tío Elías en aquella boda de dos almas enamoradas, la tragedia surgía en el alto castillo, como una de esas nubes tormentosas que se agarran á las altas montañas primeramente cual si necesitaran algún apoyo, y luego, de tormentosa electricidad henchidas, se lanzan á cubrir con sus alas siniestras y negras la luz de un claro día. El conde, pues, paseándose de un lado á otro en su cámara, con la espuma del despecho en los labios y el resuello de la cólera en el pecho y los relámpagos de la ira en los ojos y la tempestad de innumerables ideas en el cráneo, parecía la imagen viva del vicio, y dejaba tras sí el espanto y la infelicidad.

¡Oh sabia imprevisión humana! ¡Oh no menos sabia indiferencia y ceguera de la naturaleza! Los árboles se coronaban de flores, y de mieles varias se henchían las abejas; brillaba el cielo con sus matices más azules y la luz con sus reverberaciones más deslumbradoras, mientras iba un crimen á perpetrarse entre tanta claridad y á presencia de una revelación luminosísima de Dios en sus obras. A la puerta de humilde casita, ornada toda ella de campanulas, sobre blancos manteles de lino la espumante cerveza; en grupos animados los campesinos cantan-

do y departiendo; una danza de jóvenes enloquecidos por el amor á la vida en este sitio; un coro de angélicas voces más lejos; la orquesta, de todos los instrumentos conocidos á la sazón compuesta, expidiendo suaves melodías; montones de flores á la puerta; palomas con cintas, y en las cintas dichos más ó menos felices, por los aires; dos ancianos padres respectivos de los novios, haciendo votos al cielo por la felicidad de sus hijos, mientras los prometidos se miran á hurtadillas y se quedan arrobados contemplándose con éxtasis, deseosos de que cese todo aquel ruido y huya todo aquel cortejo para quedarse solos y entregados á sus santos y bendecidos amores. No podía darse una felicidad mayor. Y sin embargo, sobre aquella felicidad tendía su sombra el apetito de un caballero feudal, quien no respetaba ni las divinas ni las humanas leyes, creyendo en su protervo corazón y en su empedernida conciencia que los respetos sociales para él no rezaban, y que todo era permitido, en virtud de antiguos privilegios, á un señor de su antigua y noble alcurnia. Así, pues, mientras los novios se las prometían felices é ideaban una vida de paz regular y constante, á la sombra de los árboles plantados

por sus padres, bajo la techumbre de los hogares donde nacieran y se criaran, el milano extendía sus alas, aguzaba sus garras, encendía sus ojos, preparaba su estómago para devorar las inocentísimas presas de su codicia, olvidadas en su ventura de que no podían disponer del aire y de la luz á su arbitrio, cuando hasta en el aire que nos vivifica y hasta en la luz que nos alumbrase halla por nuestro mal escondida la muerte.

Hermoso día en verdad. Los objetos inanimados tomaban á una en él participación y parecían como de fiesta. El matrimonio se había verificado según los ritos de la nueva religión por todos admitida ya; y el pastor de la iglesia protestante había dicho una tierna plática según las nuevas ideas religiosas, plática, escuchada con religioso respeto y hasta con verdadera devoción. El ceremonial estaba regido y compuesto con arreglo á instrucciones recientes. Leyéronse varios capítulos del Evangelio y de los apóstoles; cantáronse varios salmos del viejo testamento; y dijo el pastor su plática parroquial con una grande sencillez. Después de recordar á los dos desposados sus mutuos deberes contraídos al pié del sacro altar y en presencia de su Dios, alabó las bondades múltiples de Catalina,

tanto más apreciables cuanto que se ocultaban todas en una modestia grande como si el bien fuera el mal y la virtud el crimen, modestia, la cual servía para realzarla de suyo á los ojos que todo lo escudriñan y todo lo conocen. La humildad de su condición, ¡ah! no había de obstar al ejercicio de las virtudes benéficas; porque, más pobre antes que después de su casamiento, no había la pobreza obstado á tantas caridades como hiciera en su existencia, consagrada desde los albores al cumplimiento de todos los deberes. El pañuelo que cubre su cuello de garza, lo ha hilado y tejido ella con sus blancas manos; el adorno que realza maravillosamente su cabellera, es una flor por sus manos cogida en el campo. No lleva ningún brillante deslumbrador en su cabeza; pero tampoco ningún remordimiento. Su mirada brilla como la inocencia edénica mucho antes del pecado mortal. Muy de mañana se oyen sus cantares mezclados con los cantares de suave alondra. Durante todo el día va del torno á la cocina, y de la cocina al lavadero, y del lavadero á los trojes para cumplir las obligaciones de su cargo y mantener el gobierno de su casa, que le cayera en lote muy joven por muerte y desaparición

ción de su madre. En su silla de paja se sientan con ella, invisibles á sus lados, la inocencia y la caridad. Después de haber consagrado el día todo al bien de sus semejantes, consagraba la velada de una tranquila noche á la oración. Los lirios que ha cultivado y que se ostentan en la altísima ventana, mezclan las esencias de sus cálices con las plegarias exhaladas del alma de Catalina, y unas y otras suben al cielo á modo de una nube de incienso. El trabajo y la oración le dan el cuerpo robusto que lleva en su robustez un alma sencilla y trasparente. Así concluía el predicador diciendo á Catalina que fuese lo que había sido en su virginidad purísima, durante todo el tiempo de su matrimonio, un modelo de esposas, ya que podía pasar con justicia y razón ante todo el mundo como un perfectísimo singular modelo de hijas.

Concluida la ceremonia, verificóse la comida, para la cual estaban convidados cuantos habían bailado en las danzas ó cantado en los coros. No podía darse un regocijo más natural; tanto el padre de Santiago, antiguo posadero, como el padre de Catalina, viejo labrador, tenían mutuos ahorros destinados á esta plácida festividad de familia.

Las terneras y las ovejas se tostaban en las hogueras, y el vino de las orillas del Rhin y la cerveza del color de los topacios, corrían á torrentes. Un humillo, en el cual se mascaban casi las ricas viandas, cubría los celajes de la casita donde había corrido la infancia de Catalina, y que debía servir ahora de templo á su matrimonio. La tarde toda se pasó en esta especie de banquete campestre. Los presentes varios mostraban los beneficios múltiples que Catalina había hecho en el mundo. ¿Quién se atrevería en aquel momento á turbar tamaña felicidad? Un caballero salía del castillo, al caer la tarde, montado en ligero alazan, seguido de otro jinete, y decía para sus adentros y entre dientes:

—Llegaré, sí, llegaré mucho antes de que se hayan encerrado en su alcoba. Será mía primero que de Santiaguillo. Él solo podrá recoger la flor después que yo la haya deshojado.